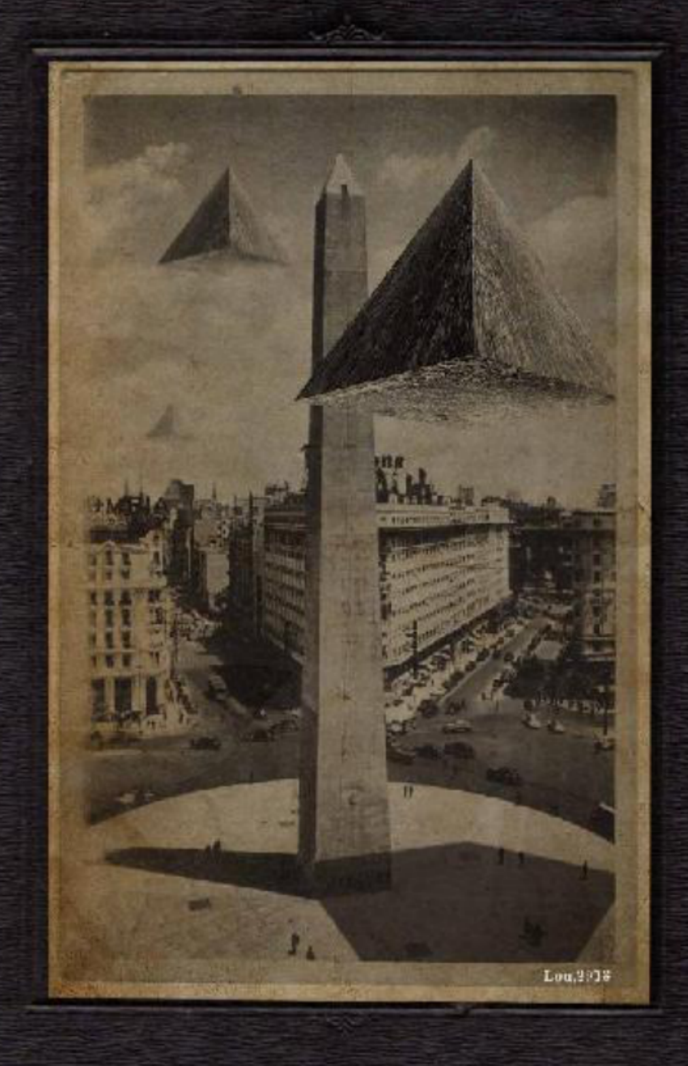
284

ciencia ficción en bits

AXXÓN



Axxón 284, agosto de 2018

Editorial - Axxón 284

Para quienes hacemos Axxón,  su presencia es más o menos constante y obvia. Para nuestros lectores, que ven lo que vamos mostrando en cada etapa, el significado de nuestra labor puede ir variando con el tiempo. Es lógico preguntarnos cómo nos ven en el mundo, enterarnos de lo que otras voces opinan sobre Axxón.

En este número iniciaremos una sección de *firmas invitadas* en las que autores que han transitado por nuestras páginas nos presentan en sus palabras su visión de Axxón. Inaugura la sección Antonio Mora Vélez, autor consagrado de la cf colombiana y quien ha visitado las páginas de Axxón en numerosas oportunidades.

Axxon y la ciencia-ficción latinoamericana

Antonio Mora Vélez

 **COLOMBIA**

Pocas veces un género literario ha dependido de un medio impreso o virtual para desarrollarse y ampliar sus mercados, como en el caso de la ciencia-ficción. Para quienes conocemos algo de su historia sabemos que en los Estados Unidos, por ejemplo, revistas como Amazing Stories de Hugo Gernsback y Astounding de John W. Campbell, sirvieron de plataforma de lanzamiento a los buenos escritores de comienzos del siglo XX y luego de la llamada era de oro de la ciencia-ficción Norteamericana; gracias a lo cual hoy podemos leer con agrado las obras de Heinlein, Asimov, Sturgeon, Dick, Bradbury y Zelasny, entre tantos. La revista New Worlds de Gran Bretaña dirigida por Michael Moorcock, hizo igual trabajo, propiciando el surgimiento de escritores como Brian Aldiss y J.G. Ballard.

A diferencia de Colombia, en donde los intentos de crear y sostener revistas de ciencia-ficción, fantasía y terror han sido pocos y de poca duración, en Argentina ya desde 1948 con la revista *Más Allá*, 1947 con *Historias del Futuro*, 1964 y luego 1986 con Minotauro, 1987 con El Péndulo, y después con *Quinta Dimensión* —en Internet — de Pablo Sapere; *Axxón*, también en la web; *Próxima* de Laura Ponce y Quarks, la ciencia-ficción ha contado con los medios de divulgación que le permitieron a autores como Carlos Gardini y Angélica Gorodisher sobresalir y trascender las fronteras del país. Pero ha sido **Axxón**, desde su aparición en 1989, la revista que más cultores de ciencia-ficción de América Latina ha publicado en sus páginas virtuales y que más ha internacionalizado a los buenos escritores de su país.

Leyendo sus actualizaciones se encuentra uno con una historia viva de la ciencia-ficción latinoamericana, desde los pioneros del género hasta los nuevos valores de hoy. En su sección *cuentos*, para no

citar sino a los que conocemos, que son pocos, encontramos obras de los cubanos Yoss y Elaine Vilar, de los colombianos Campo Ricardo Burgos y Luis Cermeño, de los argentinos Pablo Capanna, Ricardo Giorno, Héctor G. Oesterheld, Sergio Gaut Vel Hartman y del mismo Eduardo J. Carletti; del español Eduardo Vaquerizo, del mejicano Mauricio-José Schwarz y del ecuatoriano Jorge Valentín Miño. Y obras mías, que han logrado una mayor difusión en otros países gracias a sus páginas.

Justamente lo que más aplauden de **Axxón** los escritores latinoamericanos de ciencia-ficción, terror y fantasía es su apertura a los narradores y poetas que no encuentran un camino expedito en sus países para la edición de sus obras y que gracias a **Axxón** logran despejar un poco la bruma de la ineditud. Por testimonios recibidos, nuestro amigo Eduardo Carletti les ha permitido a muchos salir del casi anonimato en el que estaban por falta de un editor nacional que creyera en ellos.

Pero **Axxón** —la revista de Carletti— no es solo una revista virtual de relatos de ciencia-ficción, terror y fantasía. Quien se aventura por sus páginas encontrará no solo buenos cuentos, novelas, poemas, comentarios y ensayos de escritores del continente y de otras latitudes, sino un abundante material informativo sobre los avances de las ciencias que nos sirve de alimento temático a quienes no tuvimos la fortuna de haber estudiado una carrera afín a esas disciplinas que hacen parte del corpus del género y que, por lo tanto, nos vemos obligados a leer toda la divulgación científica posible para argumentar nuestras fantasías. Y lo que es mejor, encontrará también en **Axxón** entrevistas y comentarios sobre las perspectivas del desarrollo científico, trabajos todos que nos estimulan la imaginación creadora.

Tampoco es una revista dedicada exclusivamente a la literatura. Otras manifestaciones del arte como la ilustración gráfica tienen cabida en sus páginas, y no son pocas las muestras que merecen la distinción de un marco de exposición. Como las del mejicano Jesús García, del chileno Ramón Eduardo Leal y del argentino Raúl Cruz, para mi gusto particular. Hay también astronomía, cosmología, epistemología, prospectiva, enlaces con otras revistas, historia de la fecha, caricaturas y humor y algo más. Y hasta fotos de mujeres bellas que desean iniciar un viaje de ensueño pero no con un marciano ni con un ser de otra galaxia sino con un terrícola que tenga los pies bien puestos sobre la tierra y quiera pasar por la

experiencia de vivir en ese enigmático e impredecible satélite de la vida llamado matrimonio.

En pocas palabras: Axxón es un delicioso plato de lectura que merece seguir existiendo aun después de que su director haya superado la prueba de la carne y emprenda el viaje a ese lugar del multiverso en el cual lo fantástico y lo real, lo divino y lo profano son una y la misma cosa.

Montería, Colombia, junio de 2018.

Antonio Mora Vélez: Cuentista, poeta, novelista y ensayista. Cofundador de la Unión Nacional de Escritores y del Parlamento Nacional de Escritores, del cual fue su primer presidente (2003). Es considerado uno de los precursores y un clásico de la ciencia-ficción colombiana. El escritor del género que más libros de ciencia-ficción ha publicado en Colombia y que más veces ha sido incluido en antologías internacionales. Ha escrito los libros de cuentos Glitza (1979), El juicio de los dioses (1982), Lorna es una mujer (1986), Helados cibernéticos (2011) La gordita del Tropicana (2012) La duda de un ángel (2013) Atlán y Erva (2014) y Lina es el nombre del azar (2014); los poemarios El fuego de los dioses (2001), Los caminantes del cielo (1999) y Los jinetes del recuerdo (2015); las novelas Los nuevos iniciados (2008, Segunda edición 2014) y A la hora de las golondrinas (2011), y los libros de ensayos y artículos: Ciencia-Ficción: el humanismo de hoy (1996) y La estrategia de la solidaridad (2006). Sus cuentos y poemas figuran en varias antologías nacionales y extranjeras, entre las cuales destacamos: Antología del cuento caribeño (2003); Antología del cuento fantástico colombiano (2007), Primera antología de la Ciencia Ficción colombiana (2000), Joyas de la Ciencia Ficción (La Habana, 1989); Dimensión Latino-Antología latinoamericana de Ciencia Ficción (Paris, 2008) y Tricentenario (Buenos Aires, Argentina, 2012). Antonio Mora Vélez ha obtenido varios premios y distinciones por su obra literaria. En Córdoba fue declarado como uno de los personajes del siglo XX por su contribución a la literatura (1999). En agosto de 2014 el Parlamento Nacional de escritores le hizo un reconocimiento a su obra.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: «YUSTY», «LOS OTROS», «TRASPLANTE DE CABEZA»; en Ensayo: «“1984” Y EL PODER DESPÓTICO», «FAHRENHEIT 451: LA NOVELA DE LA LIBERTAD», «LA ENTROPÍA Y EL HOMBRE», «EL MAR EN

LA CIENCIA FICCIÓN», «ARTHUR C. CLARKE Y LA ODISEA DEL HOMBRE», «LA VIDA Y EL UNIVERSO»

Bajando a pueblo

Roberto Sanhueza

 **CHILE**

—Hola, doctor.

Me volví sorprendido, nadie me ha llamado así en los últimos veinte años. Era Selena, la hija de Ana y por un momento pensé que había oído mal. Mi nombre es Víctor y aunque todos aquí en la Comunidad me llaman Vic, quizás la niña me estaba llamando por mi nombre completo y no por mi apodo.

Pero lo dijo de nuevo.

—¿Cómo estás, doctor?

Decidí que lo mejor era no mencionarlo y simplemente respondí su saludo.

—Hola, Selena. ¿En qué andas?

Arrugó el entrecejo e hizo un pucherito. Aunque ya era una adolescente, no estaba tan lejos de la niñez.

—Quiero que me endereces los dientes.

Evidentemente este era un día de sorpresas. Aunque la había entendido perfectamente, le pregunté: —¿Cómo dices?

—Tengo los dientes torcidos, Vic, y sé que tú puedes enderezarlos. Mi mamá dice que tú eres un… orto… orto algo.

—Ortodoncista. Sí, eso era yo antes. Pero hace más de veinte años de eso.

—Pero tú puedes hacerlo, sabes como. Y además estoy dispuesta a pagarte Vic. No eres tan viejo como para no aceptarme.

Se me acercó y con total naturalidad empezó a abrirse la blusa. Sus pequeños pechos asomaron rosados y firmes. Moví la cabeza y decidí mejor sonreír que enojarme. En las Comunidades se es un adulto oficialmente a los dieciséis, pero a Selena la conocía desde que era una bebé y no me parecía bien lo que me estaba ofreciendo así que simplemente le abotoné la blusa y le dije. –No es necesario que hagas esto, Selena. Solo cuéntame por que quieres enderezarte los dientes. Ya eres muy bonita así como eres y no vas a tener ningún problema con encontrar novio entre los muchachos de

las Comunidades.

No pareció enojarse con mi rechazo a su ofrecimiento, más bien pareció aliviada. En realidad no me hago ninguna ilusión con los encantos que puedan quedarme a esta edad.

—Es que no quiero encontrar novio entre los muchachos de las comunidades. Quiero ir a la Ciudad.

Empecé a comprender.

—Quieres intentar hacerte pasar por una Ciudadana.

—Sí, pero para eso necesito ser perfecta y mi sonrisa no lo es.



Ilustración: Pedro Bel

La miré de nuevo, ahora con más atención. Sí, quizás podría pasar. Si alguna Comunitaria podía ir a la Ciudad sin que la detectaran, esa sería Selena. La tomé del brazo y la llevé a una silla.

—Esa no es una muy buena idea Selena. Si te descubren, te matan.

—Por eso es que necesito que me arregles los dientes. No puedo estar con la boca cerrada todo el tiempo.

—La apariencia no es la única manera de detectar a los extraños en la Ciudad.

—Sí, lo sé, pero ya hace veinticinco años de la Plaga y los contaminados están todos muertos a estas alturas. Ya no escanean a la gente buscando virus residuales tanto como lo hacían.

Me causó gracia la seguridad con que hablaba de ese tema a su edad. -¿Y tú como sabes eso?

—¿Te acuerdas de Mario Pescador? Hace dos veranos volvió a la Comunidad y dijo que había estado en la Ciudad. Dijo que casi nunca escaneaban gente en las calles ya, dijo que había entrado y salido. Se volvió a la Ciudad y me imagino que todavía está ahí.

—O puede que esté muerto. No volvió el verano pasado.

Pero a la edad de Selena la muerte no existe. Con un movimiento de cabeza desechó la posibilidad. –Si tú me ayudas con mis dientes, yo me arriesgo. ¿Lo harías?

—Ya vamos a hablar al respecto. Quiero mencionarte primero el hecho que hay una cúpula alrededor de la Ciudad, un campo de fuerza. No puedes penetrarlo si no tienes los nanochips adecuados circulando en tu sangre.

—¡Ah! Pero es que hay una manera de entrar. Existe una vieja tubería de alcantarillado, de antes de la plaga, que va desde el río a la Ciudad. Mira, Mario me dio esto.

Y sacó un pedazo de papel de un bolsillo, un mapa. Hecho a mano y bastante rudimentario por lo demás. Claro que el papel en que estaba dibujado lo hacía muy valioso. El papel es un lujo muy caro en estos días. No pude evitar sonreír al ver su entusiasmo.

—Así que lo tienes todo planeado, ¿No Selena?

Miró hacia al suelo con cara de inocencia y me dio la más encantadora de sus sonrisas.

–Casi.

Sentí que me invadía una sensación muy cálida de afecto por la niña.

—Pero… ¿Por qué quieres vivir ahí, Selena? ¿La vida en la Comunidad no es suficientemente buena para ti? Lo es para mí y yo he vivido en la Ciudad. Es mejor aquí, créeme.

Su frente limpia y juvenil se arrugó en un gesto de frustración que yo ya había visto en su madre. Se le parecía mucho. –Pero tú tuviste opción Vic. Yo no tengo. Si me quedo aquí sólo voy a ser una máquina productora de bebés. Preñada año tras año para subir nuestra pobre tasa de nacimientos. En la Ciudad una mujer puede ser ella misma y no sólo un útero.

—En la ciudad una mujer tiene que ser Ciudadana, libre de toda traza de la Plaga.

—¡Pero si no ha habido un solo caso de Plaga en los últimos quince años!

—Aun así. Tú llevas el virus. Aunque esté inactivo está en ti y si lo detectan… te van a matar. Donde quiera que estés, sumariamente, sin juicio ni preguntas. Tú nunca has recibido la vacuna así que para ellos eres Impura y punto. Tú no perteneces a la Ciudad.

Selena guardó silencio, pero su expresión testaruda (también de su madre) me decía que estaba lejos de estar convencida por mis palabras.

—Y Selena, yo no tuve opción, no elegí marcharme de la Ciudad. Me expulsaron en el tiempo en que todavía no empezaban a matar a los

Impuros, se deshacían de ellos. Me echaron y fui afortunado, un año más tarde la hubieran hecho corta y simplemente me habrían pegado un tiro.

—¡Eres un Impuro! Pero… yo creía que te habían vacunado.

—Me vacunaron, pero yo fui uno de los pocos casos en que falló la vacuna y aquí estoy. No puedo volver a la ciudad y no lo haría incluso si pudiera. Estoy cómodo aquí.

—Pues yo no estoy y quiero intentar irme a la Ciudad. ¿Me vas a ayudar?

—¿Estás decidida entonces?

—Completamente.

Me encogí de hombros, podría decirse que su entusiasmo e ímpetu juvenil me habían ganado. –Ven conmigo entonces y echemos una mirada a esos dientes. Veamos que puedo hacer para ayudarte.

Selena no se atrevía a creerlo y se levantó sonriendo nerviosa para seguirme. Fuimos a mi pieza del fondo donde le mostré mi equipo. No era para nada como el que tuve en la Ciudad, pero era lo mejor que pude recoger en las ciudades abandonadas y ciertamente lo mejor que se podía encontrar fuera del domo de la Ciudad. Lo que hacía a nuestra Comunidad especial con respecto a las otras era el hecho que teníamos electricidad. Esa había sido mi principal contribución. Yo instalé los generadores energizados por molinos de viento hace ya algunos años y no solo teníamos electrodomésticos (muy básicos en todo caso) sino que además traficábamos con las otras Comunidades en pilas y baterías recargables. Cuando se descargaban, las cargábamos de nuevo. Por un precio, por supuesto. El trueque volvió en gloria y majestad a las comunidades tras la Plaga.

Ha habido intentos de quitarnos los generadores por la fuerza, pero nuestros muchachos han sabido responder. Pronto las otras Comunidades comprendieron que era mejor comerciar que combatir. Nosotros estuvimos completamente de acuerdo.

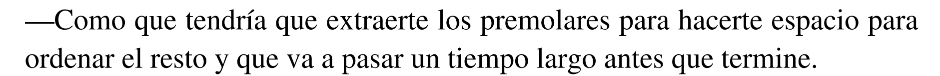
Selena estaba muy impresionada con mi equipo, pero en realidad ella no tenía con que compararlo. Se instaló en mi sillón dental, armado de otros desechados, que tenía más de recuerdo que para uso real y la examiné.

—Sí, Selena, tienes tus caninos muy altos y hay ciertamente un gran apiñamiento dentario aquí.

—Ya me di cuenta hace rato. ¿Puedes arreglarlo?

—Creo que sí, pero hay un par de cosas que debes saber primero.

—¿Cómo qué?


—Como que tendría que extraerte los premolares para hacerte espacio para ordenar el resto y que va a pasar un tiempo largo antes que termine.

—¿Extraer…? ¿O sea… sacar dientes?

—Exacto.

—¿Y cuánto demora todo eso?

—Más de un año. Como un año y medio más bien.

Selena frunció el ceño de nuevo en esa expresión de decisión testaruda que se me estaba haciendo familiar. —¿Y no hay manera de hacerlo más corto? No quiero llegar a la Ciudad como una anciana.

No pude evitar reír. La idea de Selena anciana me causó gracia. No Selena, esto no se puede apurar. Y no solamente no se puede apurar, sino que además tienes que tomar en cuenta que no tengo disponible una RNM, un TAC o ni siquiera una radiografía. No tengo manera de mirar dentro de ti. Solo puedo trabajar con los medios con los que dispongo en la Comunidad. En la Ciudad tienen todo eso y mucho más… pero claro, en la Ciudad no habrías tenido los dientes torcidos para empezar.

Un pensamiento pareció asaltarla y se estremeció. Pero… anestésico… ¿Tienes? Digo, como para sacarme los dientes que hay que sacar.

—Eso sí tengo. Me son necesarios para mi trabajo en la Comunidad y afortunadamente en otra Comunidad hay quien ha podido fabricar.

—Entonces hagámoslo. Vic, soy tu paciente.

Y así empecé mi primer (y probablemente último también) tratamiento de ortodoncia desde que dejé la Ciudad, hace ya veinte años. Usé un juego de brackets que había encontrado en una consulta dental abandonada y que guardaba más de recuerdo que para algún uso real.

La gente en la Comunidad miró a Selena con curiosidad cuando apareció por primera vez con fierros en sus dientes, pero los de más edad sabían que era un tratamiento de ortodoncia y los más jóvenes… sabían lo que era Selena enojada. La dejaron tranquila.

No hay día que no llegue y el día en que retiré los aparatos a Selena llegó también. Se miró en el espejo sin hablar, pero las lágrimas que caían por sus mejillas hablaron por ella. Me abrazó y lloró en mi hombro por un rato. Pero pronto se secó las lágrimas y empezó a preparar su viaje.

El verano se acababa y si Selena pensaba llevar realmente a cabo su plan, más valía que lo hiciera luego antes que las lluvias colapsaran las viejas cloacas. Llegó a mi casa un día al atardecer a despedirse y estaba vestida con ropas de la Ciudad, parecía como si las hubiera llevado toda su vida. Se

veía hermosa y yo pensé que sí, que podría hacerse pasar por Ciudadana.

—Hola, Vic. Vine a despedirme.

—Hola, Selena. ¿Te molesta si te acompaño un rato en tu camino?

—Para nada. De hecho, te lo iba a pedir. Parece que a nadie en la Comunidad le parece bien que me vaya.

—Me lo imagino. ¿Qué dijo Ana, qué dijo tu novio?

—¿Te refieres a mi mamá y mi *ex* novio? Todo lo que mi mamá quiere de mí es que me empareje luego y me embarace lo más pronto posible. En eso están completamente de acuerdo con José, ése es el ex.

Así que caminamos solos. Cruzamos las barricadas que marcan el perímetro defensivo de nuestra Comunidad y que gracias a la Madre hace ya bastante tiempo que no se usan. Llegamos a la orilla del río desde donde ella pensaba caminar corriente abajo hacia el punto marcado en su mapa. Se detuvo bajo un sauce y me pasó su mochila.

—Tenme esto un momento por favor mientras me cambio ropa.

Y empezó a desvestirse despreocupadamente mientras me sonreía.

—No sería bueno llegar a la Ciudad con mi flamante ropa nueva sucia, ¿No crees?

La miré desvestirse. Ya era toda una mujer… que corta parece la niñez. Se paró entonces ante mí, desnuda y con las manos en las caderas. Hermosa, tan hermosa.

—¿Estás seguro de no querer cobrar tu trabajo? Es ahora o nunca.

Me sentí halagado que todavía me viera simplemente como un hombre, no como un hombre viejo, pero no iba a empezar ahora lo que no había empezado un año y tanto atrás. Sonreí y la besé en la frente.

—Soy muy viejo para ti Selena. Vete y espero que tus sueños se cumplan.

Se rio guiñándome un ojo y terminó de cambiarse de ropa. Marchó entonces por la orilla del río y yo me quedé parado solo mientras aparecían las primeras estrellas.



Ilustración: Pedro Bel

La vida continuó como siempre, la cosecha había terminado y empezamos a preparar los campos para la siembra. Fui al campo como todos los demás en la Comunidad, pero eso era solo parte de mis deberes. Mi función principal era la de curandero. Yo era lo más parecido a un médico que teníamos y ese otoño y el invierno que lo siguió traje tres bebés al mundo y, gracias a la Madre, por lo menos uno de ellos vivió hasta la primavera. Los otros dos nacieron muertos. El virus de la Plaga ya no mata a los adultos, pero cobra una gran cantidad de vidas de bebés.

Hizo mucho frío ese año, pero eso no impidió que celebráramos la fiesta del solsticio de invierno. Como curandero, chamán o como quieran llamarlo, tuve el honor de encender la fogata y comenzar la celebración. Cuatro Comunidades nos reunimos alrededor del fuego y los ancianos oraron por buenas cosechas mientras los muchachos y muchachas de las comunidades oraban a la Madre de la manera más antigua entre los árboles, sin que les importara el frío. La plegaria mía fue que los bebés que se concibieran, si es que alguno, sobrevivieran hasta a próxima celebración.

No sé a quien o a que oraba el resto, pero el dios cristiano se desvanece rápidamente entre nosotros. Yo y muchos más rogamos a la Madre Tierra, al ciclo eterno y a la promesa del renacer de la vida desde la noche más larga y fría del invierno.

La Madre nunca nos falla, nos da la resurrección año tras año. El dios cristiano no se ha visto por estos lados hace mucho.

La hoguera era grande y hermosa, nuestra cerveza casera buena y fuerte y nuestros jóvenes celebraban el ritual de la fertilidad. Podría decirse que nuestra vida era una buena vida. Entonces pensé en Selena. Se había ido hace meses y me pregunté si todavía estaría con vida. Dejé la celebración por un rato y subí solo el cerro hasta el punto desde donde se puede ver en las noches claras la cúpula iluminada a la distancia.

Al otro lado del cerro seguía la celebración, pero aquí la noche estaba tranquila y ningún ruido cortaba el frío aire invernal. Mi aliento se

condensaba en finas nubecillas, bajé la cabeza y elevé otra plegaria en dirección al domo. *"Que estés bien, Selena. Que la vida que has elegido sea buena. Mantén la cabeza baja y cuídate de los Perros."*

Seguramente fue mi imaginación o quizás la cerveza casera, pero oí claramente en la distancia un aullido cuando mencioné a los Perros. Una mano fría me estrujó las tripas.

Ya no hay perros en este nuevo mundo nuestro. El virus de la Plaga no es exclusivamente humano y los perros no lo resistieron, se extinguieron. Si el aullido no fue producto ni de la cerveza ni la imaginación entonces era un Perro. Una de esas abominaciones mecánicas que la buena gente de la Ciudad ha construido para detectar, perseguir y destruir a los Impuros.

Son robots de cuatro patas, construidos para imitar los perros pero son mucho más grandes que cualquier perro que haya existido. Detectan la vacuna dentro de los Ciudadanos… o la ausencia de ésta en el resto de los sobrevivientes. Probablemente su aullido sea un toque de ese humor negro (por llamarlo de alguna manera) que gusta tanto a los Ciudadanos.

La gente bajo la cúpula no tiene ningún interés que nosotros los Impuros los visitemos y pongamos en peligro su bien cuidada y balanceada vida, así que los Perros patrullan las calles de la ciudad y si detectaran un extraño… éste sería propia y rápidamente eliminado.

Hace ya tiempo que los Perros no salen del domo como en los primeros años de la Plaga. Los Comuneros y los Ciudadanos hemos alcanzado un acuerdo tácito. Cada uno en lo suyo y tratamos de sobrevivir lo mejor que sabemos y podemos.

Me estremecí de pensar en lo que le harían los Perros a Selena si la sorprendieran. Solo podía esperar que Mario Pescador estuviera bien informado y que realmente en la Ciudad ya no patrullaran como antes. Bajé la colina y me sumé a lo que quedaba de la celebración.

El invierno pasó también y los arroyos se hincharon con los deshielos primaverales. Algunas casas se inundaron y varios agricultores y pastores de nuestra Comunidad perdieron algo de ganado y lo que es peor, un niño. En una noche tormentosa de primavera me sacaron de mi cama tibia para asistir a Ana, la madre de Selena.

Ella, tan testaruda como su hija, se había negado a abandonar su casa a la orilla del río y esperar a que bajara el agua. Pues el agua había excavado las raíces del gigantesco roble aledaño y éste se había desplomado sobre su cabaña y le había roto la columna vertebral.

La habían llevado al salón de nuestra Comunidad y me tomó un muy

somero examen para dame cuenta que no había nada que yo pudiera hacer por ella, como no fuera ayudarla a mejor morir y ella lo sabía.

Los vecinos y amigos la rodeaban y las caras eran sombrías. Ana me tomó las manos y me apretó con la poca fuerza que le quedaba, la lluvia tamboreaba sobre el techo de salón.

—Parece que me voy, Vic. No creo que puedas arreglarme esta vez.

Nunca me ha gustado mentirles a mis pacientes, pero esta vez hubiera querido hacerlo. Me limité a guardar silencio y a apretar sus manos.

—¿Cuánto crees que me queda, Vic?

—No lo sé, Ana. Pueden ser horas como pueden ser días.

—¡Cómo quisiera que Selena estuviera aquí!

—Yo también, Ana, yo también.

Pronto cayó en un sopor pesado, le solté la mano y salí a la lluvia por un rato. Me tengo por hombre racional, pero la vida en la Comunidad me ha enseñado que la razón por si sola no basta para explicar todo lo que pasa en este nuevo mundo nuestro. Así que dejé la razón dentro del salón y oré. No por la mejoría de Ana, ese tipo de plegaria es rara vez oído, sino porque Selena volviera a casa y viera a su madre antes que muriera.

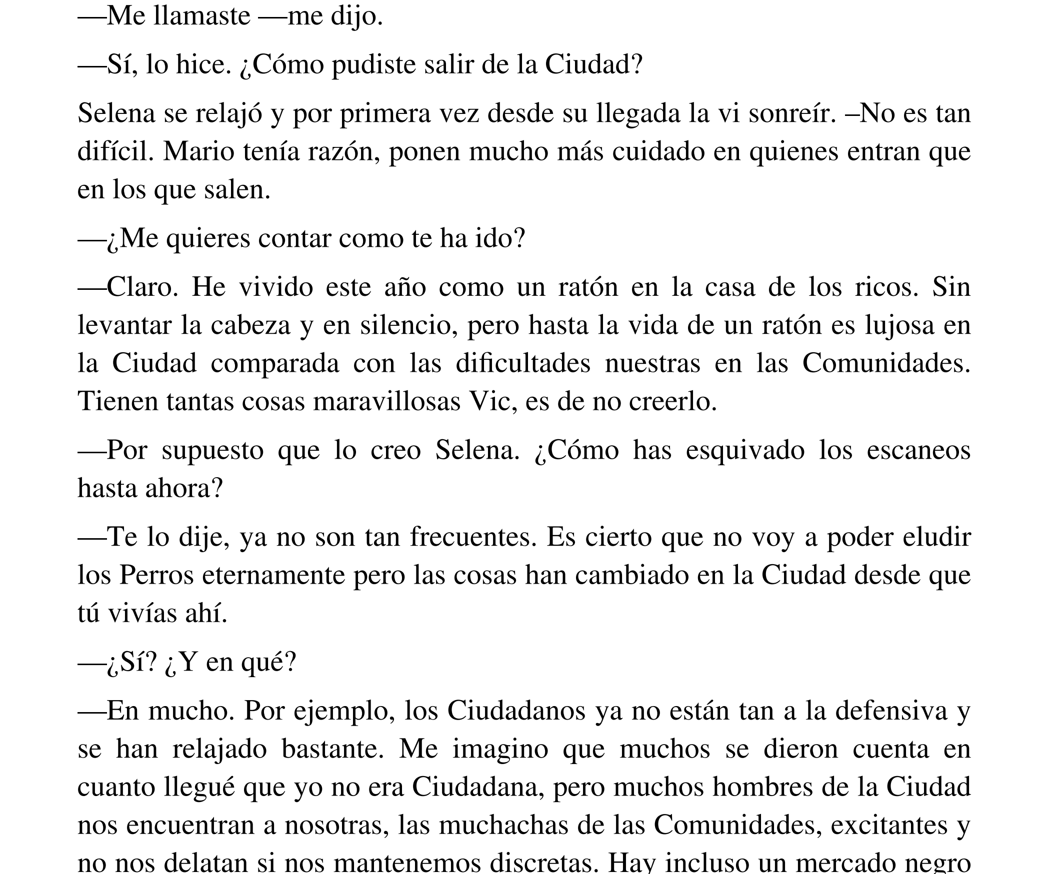
La lluvia cayó sobre mí y llevó mi plegaria a la Madre Tierra. Esperaba que Ella la llevara a Selena.

La mañana trajo el fin de la lluvia y el retorno del sol. Nuestra siembra brillaba con la promesa de vida sobre cada gota de agua. Para el mediodía Ana deliraba febril y yo sabía que no duraría mucho más. Sabía que se aferraba a la vida esperando a su hija pero la vida se le escapaba.

No podría decir que la llegada de Selena me sorprendió. En lo profundo yo sabía que ella iba a escuchar a la Madre. Ella era una hija de la Comunidad aunque ahora pareciera por completo una Ciudadana.

No perdí tiempo en preguntas y la llevé a su madre. Ana recuperó la consciencia el tiempo necesario para darse cuenta que su hija esta con ella y sonriendo, levantó una mano y acarició su cara. Selena lloraba silenciosa. Ana dejó caer la mano y se fue yendo, su cara tomó una serenidad que nunca tuvo en vida.

Para el atardecer la Comunidad preparaba la pira funeraria para enviar el cuerpo de Ana de vuelta a la Madre Tierra. Por primera vez desde que había llegado en la mañana pude mirar a Selena con calma y lo que vi fue una mujer de la Ciudad. Su ropa le calzaba como si hubiera nacido para usarla y se veía muy sofisticada, comparada con nosotros, palurdos de la



Comunidad.

—Me llamaste —me dijo.

—Sí, lo hice. ¿Cómo pudiste salir de la Ciudad?

Selena se relajó y por primera vez desde su llegada la vi sonreír. –No es tan difícil. Mario tenía razón, ponen mucho más cuidado en quienes entran que en los que salen.

—¿Me quieres contar como te ha ido?

—Claro. He vivido este año como un ratón en la casa de los ricos. Sin levantar la cabeza y en silencio, pero hasta la vida de un ratón es lujosa en la Ciudad comparada con las dificultades nuestras en las Comunidades. Tienen tantas cosas maravillosas Vic, es de no creerlo.

—Por supuesto que lo creo Selena. ¿Cómo has esquivado los escaneos hasta ahora?

—Te lo dije, ya no son tan frecuentes. Es cierto que no voy a poder eludir los Perros eternamente pero las cosas han cambiado en la Ciudad desde que tú vivías ahí.

—¿Sí? ¿Y en qué?

—En mucho. Por ejemplo, los Ciudadanos ya no están tan a la defensiva y se han relajado bastante. Me imagino que muchos se dieron cuenta en cuanto llegué que yo no era Ciudadana, pero muchos hombres de la Ciudad nos encuentran a nosotras, las muchachas de las Comunidades, excitantes y no nos delatan si nos mantenemos discretas. Hay incluso un mercado negro para los que no tenemos acceso directo a la economía de la Ciudad.

—Me cuesta imaginarme a esa gente tiesa y prejuiciosa de la Ciudad mirando hacia otro lado-

—Pues créelo. Hay incluso una vacuna a la venta en el mercado negro.

—¿Vacuna… para la Plaga?

—Sí. He ahorrado lo suficiente y me la inyectaron hace dos días.

No quise preguntarle por el origen de esos ahorros, pero si los hombres de la Ciudad encontraban “excitantes” a las chicas Comunitarias… eso ya me daba una buena idea.

Selena continuó y su cara tomó una expresión orgullosa. –En un par de días más ya se habrán multiplicado los nanochips en cantidad suficiente como para eliminar toda traza del virus en mi sangre y ya voy a poder pasearme frente a los Perros sin que ladren siquiera. Entonces ya no voy a tener que esconderme más y voy a ser una Ciudadana completa y voy a entrar a la Ciudad por el acceso principal a la cúpula. No voy a arrastrarme nunca más

por las alcantarillas.

—Te quedas con nosotros por lo menos dos días entonces…-

Me sonrió una sonrisa triste. – No Vic. No me quedo. Después que entreguemos a Ana a la pira me voy inmediatamente. ¿No has visto como me miran aquí? Hay desprecio en sus ojos. Yo ya no pertenezco a la Comunidad, para bien o para mal.

Empecé a contradecirla, pero me di cuenta que tenía razón. No queremos gran cosa a los Ciudadanos aquí y menos a los nuestros que eligen la Ciudad. Así y todo, traté de decirle lo que sentía.

—A pesar de todo, tú eres una de nosotros Selena, aunque te veas como una Ciudadana. Tú oíste mi llamado, tú estás ligada a la Madre Tierra como nosotros.

—Que irónico oírte hablar de "nosotros" Vic, tú no naciste aquí. Tú eres la prueba viva que se puede elegir donde vivir. No, no me contradigas, sé que tienes buenas intenciones y me quieres, pero ya he elegido mi camino.

Así que no la contradije. Nos acercamos al ritual de despedida de Ana y Selena encendió la pira. Nadie se acercó a ella, el prejuicio no es exclusividad de la Ciudad. Cuando la ceremonia terminó, tome las cenizas de Ana y se las di a Selena para que las derramara por el campo. Lo hizo con lágrimas en los ojos, pero a pesar de eso sonriendo. Ella sabía, como todos nosotros, que el espíritu de Ana viviría por siempre en la Madre.

Selena se fue en cuanto la ceremonia terminó, no se despidió de nadie y nadie se despidió de ella. Durante la ceremonia divisé a José, el ex novio de Selena, mirándola de reojo, pero no se acercó. Probablemente porque ya tenía compañía.

Una vez más la acompañé en su partida, pero esta vez ya era de noche y caminábamos por los restos de la vieja carretera, no por la orilla del río. Marchamos en silencio, hasta que Selena me preguntó.

—¿No me vas a preguntar como me gano la vida en la Ciudad?

Me reí con ganas. No mi niña, no te voy a preguntar nada, no me concierne. En vez de eso te voy a preguntar que vas a hacer este par de días mientras se multiplican esos nanochips.

Ella rio también, con alivio me atrevería a decir. – Me voy a quedar en la carretera. Hay una estación abandonada en el camino donde puedo encontrar refugio por esta noche. Traje una…-

Lo que había traído nunca lo averigüé. Un aullido aterrador interrumpió sus palabras. Claramente visibles en la luz de la luna vimos las siluetas de dos

Perros.

Selena gritó.

—¡Perros! ¡Me han seguido la pista desde la Ciudad hasta aquí!

Mi respuesta fue:

—¡Corre!

Corrimos, pero los dos sabíamos que no podíamos correr más que los Perros. Lo intentamos en todo caso y casi alcanzamos los árboles antes que nos alcanzaran a nosotros. Pero las abominaciones esas están hechas para dar caza, estuvieron sobre nosotros en segundos.

Me volví para enfrentarlos y grité a Selena:

—¡Sube a ese árbol, ya!

—Pero…

—¡Sin peros, sube!

Las creaturas se detuvieron a mi lado. Eran casi del porte de caballos y me rodearon olfateando como perros de verdad. Grité hacia arriba.

—Selena. ¿Subiste ya?

Los Perros gruñeron, pero no se movieron. Seguían olfateándome.

—¡Sí! Ya estoy arriba y no pueden trepar hasta aquí.

—Bien. Me los voy a llevar lo más lejos que pueda. Tú quédate ahí.

—Tengo una idea mejor. Tú no te muevas.

El ruido de los disparos casi me derribó de la sorpresa, pero los Perros cayeron donde estaban. Selena bajó del árbol y con toda calma procedió a poner de nuevo su arma en su mochila.

—Ni modo que me vaya a quedar dos días arriba de un árbol. Es mejor de esta manera.

La voz apenas me salió, pero me las arregle para decir. Sí, mucho mejor.

Selena me miraba fijo.

—No te atacaron. Me dijiste que la vacuna no había funcionado contigo.

—En realidad si funcionó, pero había otras maneras de ser impuro a los ojos de la buena gente de la Ciudad.

Selena me miraba sin comprender. Dando un suspiro saqué de mi bolsillo un holograma que llevo siempre conmigo pero no muestro frecuentemente.

—Éste es Tomás. Él era mi pareja en la Ciudad. El virus de la Plaga está relacionado con el VIH y los viejos temores explotaron con violencia

durante la Plaga. Nos expulsaron a ambos, pese a que estábamos vacunados. Él no sobrevivió.

Selena me dio una sonrisa tímida, la comprensión asomando en su cara.

—¡Por eso me rechazaste dos veces!

Ahora me reí yo.

—No me lo eches en cara. Hay otra razón. Digamos que me importan más las personas que los géneros. Ana me cobijó a mi llegada a la Comunidad y vivimos juntos por un tiempo. Tú naciste al tiempo después que terminamos. Ana nunca lo admitió pese a que se lo pregunté una y otra vez. Selena, es muy posible que seas mi hija.

Los ojos de Selena se llenaron de lágrimas y me abrazó con fuerza.

—Oh, Vic, nunca lo supe.

Nos quedamos así un rato. Selena sollozando quedito en mis brazos y las máquinas destrozadas frente a nosotros. Todo un símbolo de lo que éramos y lo que no éramos.

Finalmente ella me soltó y se secó las lágrimas. Supe que estaba lista para marchar y le pregunté una última vez. ¿Por qué no te quedas? La vida puede ser muy dura en la Ciudad, incluso entre todas sus riquezas y lujos.

Selena me miró a los ojos y por primera vez vi a una mujer adulta, no a la niña que aún era en mi mente.

—La vida no es más fácil en la Comunidad, Vic. No para los desadaptados como tú y yo. Tú encontraste tu lugar y ahora eres un miembro útil y respetado de la Comunidad, tú les das un conocimiento y experiencia que les son muy valiosos pero yo no calzo ahí. Nunca me van a aceptar por lo que soy y todo lo que quieren de mí son bebés y más bebés. Ojalá bebés que sobrevivan. Yo ya tengo mi decisión tomada, pero… ¿No puedes tú cambiar la tuya? Las cosas son distintas ahora bajo la cúpula, la paranoia casi ha desaparecido y ya no persiguen a la gente con otra orientación sexual. Podrías volver si quisieras.

—¿Volver a qué? Mis habilidades profesionales están obsoletas a estas alturas. Ya pertenezco a las Comunidades, Selena, me aceptan por lo que soy y lo que hago.

Selena solo suspiró y nos quedamos así por un instante, solos bajo la luz de la luna llena. Luego ella tomó su mochila y empezó a caminar. Había dado unos cuantos pasos cuando volvió y me abrazó diciéndome.

—Me gustaría de verdad que fueras mi padre, me haría muy feliz y orgullosa.

Y después se fue.

Me quedé solo en la autopista rota por un largo rato hasta que ya no pude ver su silueta. Entonces di la vuelta y volví a casa.

Nunca la volví a ver.

Roberto Sanhueza, odontólogo y aficionado a la ciencia ficción de toda la vida, ha descubierto su vena literaria hace relativamente poco. Seis años atrás apareció su primer cuento "Katts and Dawgs" en el e-zine Bewildering Stories de EE.UU. Desde entonces, escribiendo tanto en inglés como en español, ha sido publicado en "Aphelion" (otro e-zine estadounidense) y resultó finalista del primer concurso de novela corta de Ciencia Ficción de Tau-Zero, Chile, con la obra "El año del gato", que va a ser publicada en duro junto con los otros ganadores. También resultó finalista en el primer y segundo concurso de relatos cortos del Cryptshow Festival de Barcelona del año 2008 y 2009 respectivamente. Ambos cuentos, "Café Americain" y "El caso del bebé sospechoso", han sido publicados en duro en Barcelona en las antologías que recogen estos concursos. Es de la cosecha de 1951 y el pelo que le va quedando está más blanco que negro a estas alturas. Es, además, músico aficionado y aún sube al escenario a tocar teclados con su banda. Entre la música, sus cuentos y por último, pero no menos importante, su profesión, va por la vida. Admira profundamente a Charly y a Calamaro y en ciencia ficción ha leído desde Asimov a Stross.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: «LA VIDA ES BELLA»

Últimas cenas

Andrés Felipe Escovar

 **COLOMBIA**

Los ojos extraterrestres del Extraterrestre lo dijeron.

—Porque respiramos y exhalamos humo— susurraba el guardián a cada uno de los elegidos mientras los arrojaba al abismo de llamas casi muertas.

—¿Todos van a respirar mis huesos menos yo?— le preguntó la niña a su padre en la mesa durante una cena de noche vieja, pocas horas antes de que el comando capturara a los elegidos para alimentar el fuego.

Un par de siglos atrás, la fumarola emanada de los volcanes amainó y debieron incendiar a un cuarto de la población: su humo insufló los pulmones de quienes tuvieron trescientos sesenta y cinco días más para respirar. El orden de calcinamiento fue establecido por la edad de los calcinados: cuando un ciudadano cumplía los 75 años, era tirado al abismo incandescente.

Los jóvenes abundaron; los viejos, escasearon. El canon de edad para ser arrojados al abismo disminuyó año tras año. Los niños cuadruplicaron en número a los adultos; no hubo la mano de obra suficiente para trabajar en las cosas en que trabajan todos los humanos para así no matarse o aburrirse, aunque, a fin de cuentas, terminarán todos muertos y, antes de muertos, aburridos. A comienzos del siglo II, después la implantación del Sistema de Calcinamiento (SC), el Consejo emitió una ley para contener el desequilibrio: toda familia procrearía un sujeto, destinado a ser incendiado el primer amanecer de cada año nuevo cuando tuviera diez años cumplidos. El Consejo, por unanimidad, tildó de "feliz coincidencia" al hecho de que los cuerpos calcinados de diez años de edad produjeran una mayor cantidad de humo respecto a los ancianos quemados antes.



Ilustración: Fraga

—Tus huesos nos darán aire y vida— le contestó el padre a la niña en la mesa durante una cena de noche vieja, pocas horas antes de que el comando capturara a los elegidos para alimentar el escuálido fuego del abismo.

—Papá, puedo darle vida a todos menos a mí misma— dijo la niña en la mesa durante su penúltima cena de noche vieja, horas antes de la captura de los elegidos para alimentar las llamas casi muertas del abismo.

—Y eso te hará santa— le contestó el padre a la niña en la penúltima cena de noche vieja.

—¿Qué es ser santa?— le preguntó la niña al papá mientras discurría su última cena de nochevieja, horas antes de que ella fuera entregada al comando.

—Amar a los demás por encima de tu propio amor. Renunciar a ti misma, a tus anhelos y deseos— Le contestó el padre a la niña en la misma cena.

"Seré una santa por disposición tuya y de los demás hombres y me entregarán a Dios", pensó la niña, aún en la mesa de su última cena. "Dios estará en mis huesos incendiados", siguió pensando la niña; y murmuraban el comando y su papá al otro lado de la puerta cerrada de su cuarto.

El autobús estaba lleno de otros pequeños de su edad. Ella vio el sendero trazado por las manos sudorosas del niño que iba a su lado sobre el cuero del espaldar del asiento delantero.

El amanecer se precipitó por el oriente, justo cuando llegaron al abismo lleno de ceniza tibia.

—No quise ser santo— le dijo el niño a la niña mientras bajaban del autobús.

—Yo tampoco, pero papá sí— le contestó la niña al niño, cuando hacían la fila frente al precipicio.

—¿Quién es tu papá?— le preguntó el niño a la niña, en la misma fila, cada vez más cerca del borde que daba al abismo.

—Dios— dijo la niña; “y Dios es el padre de todos”, pensó el niño y vio que lo separaba otro niño del ardor abisal.



Ilustración: Fraga

—Algunos me contaron que es más doloroso vivir sin haber pasado por el fuego que morir y hacerse humo en él— le dijo el niño a la niña poco antes de que el guardián le tocara el hombro y acercara la boca a su orejita.

“Yo no quise venir al incendio”, pensó la niña que lo dijo, sin reparar que, quien la empujaba, le susurró: “porque respiramos y exhalamos humo”.

El niño y la niña dejaron de ser niño y niña y fueron incendio.

El fuego se agrandó como las lenguas que lamen paletas dulces en los parques durante las primeras mañanas de cada año nuevo. El humo insufló los pulmones de quienes tuvieron trescientos sesenta y cinco días más para respirar.

Andrés Felipe Escovar. Domiciliado en Bogotá. Ha publicado “Tríptico de verano y una mirla”, libro de cuentos escrito con Luis Cermeño y Julián Andrés Marsella Mahecha y “Arrúllame Ramona”, escrito con Cermeño. Es coeditor de milinviernos.com.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: «ABUELA», «CRÓNICA DE LAS CARICIAS»

Puro y sin sabor

Deborah Walker

 **REINO UNIDO**

Cantamos las Canciones de la Sal.

La sal es preciada y compleja. El cloruro de sodio, no. El cloruro de sodio es un producto químico que se fabrica fácilmente en un proceso al vacío. Puro y limpio, el cloruro de sodio carece de sabor.

El sabor de la sal proviene del magnesio, el calcio, los haluros y los sulfatos. La sal también tiene el sabor de los elementos sumamente escasos que codician los ladrones. La sal rebosa de vida, de vida pequeña, halófila, amante de la sal.

La sal nace en los océanos. La sal está en nuestro suelo, en la lluvia, en el agua burbujeante de los manantiales. La sal está en todas partes. La sal es sagrada.

En los campos de mendicantes del Templo de Sal, cantamos las Canciones de la Sal.



Ilustración: Marina Arien

La sal del Templo se formó hace millones de estaciones, producto de la evaporación de un antiguo mar. A lo largo de incontables generaciones,

esculpimos esa sal para convertirla en recintos y pilares, en un templo donde alguna vez elevamos nuestras plegarias. Ahora, mendigamos en los campos del Templo debido a los ladrones.

Cantamos hasta que se acerca un giratorio que lanza una lluvia de sal sobre nuestros gritos. Entonces, nos callamos.

Scarlet, de las 7.565 con Ese Nombre, que es nueva en los campos, se me acerca lentamente. Scarlet se ha vuelto muy apegada a mí. No me importa. Está nerviosa. El color fluye rápidamente por su manto transparente.

El donante aterriza. El grueso tentáculo metálico del sendero se despliega.

—Creo que me pedirán que cante. De verdad, creo que lo harán.

—Cálmate, Scarlet. Aún no te elegirán. Primero visitarán el Templo.

—Sí. Sí, por supuesto —dice ella, mientras el color sigue circulando por su manto y los cromatóforos cambian de ocre a dorado, de dorado a rojo.

Emergen los ladrones. Un macho adulto y una cachorra, una hija. La hija está agitada y se desplaza hacia delante y hacia atrás con sus dos piernas. Hablan con sus voces habituales, enormemente estridentes. Son una especie con mala audición. En lo profundo de mi mente, pienso en las Canciones de la Sal.

El ladrón y su hija avanzan a lo largo de la hilera de mendigas. Giro la lente óptica de un ojo hacia ellos, prestando atención a las mendigas con mi tercera mente.

He mendigado durante treinta estaciones y sigo asombrándome cuando veo ladrones. Scarlet, por supuesto, tiene las tres lentes y las tres mentes apuntadas a los ladrones.

Son muy diferentes de nosotros. Sus cabezas son diminutas y solo tienen una. Tienen un solo cerebro, lo que explicaría su punto de vista. Solo cuatro miembros, sin membranas. Un solo corazón. Su sangre tiene sal, pero sal débil.

La atmósfera podría hacer que sus proteínas se acumularan, que su carne se disecara, porque carecen de osmoprotectores y de un mecanismo para regular el ingreso de potasio al interior de sus células. Por eso usan un manto artificial y respiran a través de un pico artificial. Nacieron en otro mundo y son extraños. Este medio ambiente tendría que matarlos, pero son un pueblo tecnológico, capaz de superar sus debilidades y nadar en aguas alienígenas.

Pero pensar en su biología es ignorar sus diferencias más profundas. Son diferentes porque compiten. El dimorfismo sexual derivó en una necesidad

de competir. Se apoderan de lo que quieren.

Nosotras no competimos. Nuestras cachorras se engendran en la mezcla oceánica de nuestro material genético. Quien desea ser madre, selecciona una larva para criarla en la boca. Nosotras somos todas.

—Mira —dice la hija, señalándome con su tentáculo dividido—. Es muy bonita.

No soy bonita.

—Es adorable.

No soy adorable.

—Gracias por traerme, padre. Creo que aprenderé mucho más aquí que en mis lecciones.

Eso espero, hija de ladrón, porque tengo algo que anhelo enseñarte.

La hija gira su extraño cuerpo articulado y se inclina hacia mí. Me grita "¡Hola!".

—¿No pueden hablar, padre?

—Pueden hablar. Pero son tímidos. Y sus voces son muy bajas. Necesitamos amplificadores para escucharlos.

—¿Excepto cuando cantan?

—Claro. —El padre asiente con su única cabeza—. Excepto cuando cantan.

—¿Podemos hacerlos cantar ahora?

—Primero necesitamos la sal —dice el padre.

—Exacto. Del Templo de Sal. Vamos. Vamos. Rápido, padre.

La hija jala el tentáculo de su padre. En pocos momentos, sus miembros divididos los llevan hasta el Portal del Templo.

—No hay guardias, padre. Si les gusta tanto la sal, ¿por qué no entran en el Templo y la recogen ellos mismos?

—¿Recuerdas que ya hablamos de esto? Son gente muy simple. Cuando el Anciano decretó que debían obedecernos, lo hicieron. Con total sumisión. Es increíble, realmente. De lo contrario, tendríamos que haber usado un regimiento de soldados disciplinados. Pero —dice el padre, golpeteándose su única cabeza— aquí no tienen independencia de pensamiento. Por eso nunca progresaron más allá de la Edad de Piedra.

Sin duda, no es cierto. Nuestras pensadoras consideraron la posibilidad de usar metal hace muchos miles de estaciones. Cuando extrapolaron las consecuencias, la Anciana decidió no avanzar por el sendero que los

ladrones llaman “progreso”. La decisión fue confirmada por todas las Ancianas subsiguientes.

—Entonces, les dijimos que no entraran aquí y no lo hicieron más. Y ahora mendigan allí fuera. Me parece triste, padre.

—La sal de este edificio tiene una concentración sustancial de elementos poco comunes. Aún no la hemos explotado, por respeto a las creencias de los nativos, pero quizás debamos hacerlo si el conflicto con los Voraces no mejora.

—Debemos destruir a todos los Voraces —dice la hija, asintiendo con su única cabeza—. Mira, allí hay otro, bajando por la pared del acantilado.



Ilustración: Marina Arien

Todas las lentes, salvo la mía, giran hacia el acantilado. Asigno a mis tres mentes la tarea de seleccionar la canción perfecta para la hija.

—¿Lo esperamos, padre?

—Es demasiado lento. Entremos al Templo.

—Debe ser un nuevo mendigo —dice Scarlet. Solo los mendigos y los ladrones vienen a este sitio.

—Hoy es un día extraordinario —digo—. Pasamos semanas sin compañía y, en el lapso de un grado, tres desconocidos visitan el campo de mendicantes.

—Una nueva mendiga —dice Scarlet. Su pensamiento divaga. Otra mendiga implica menos limosna, porque siempre la repartimos entre todas.

Pero una nueva mendiga significa nuevas canciones. Y eso sería bueno. Podemos sentirnos muy solas escuchando siempre las mismas decenas de canciones.

—Me pregunto de qué cardumen será —dice Scarlet.

Apunto mi segunda lente al acantilado.

—Es mi cachorra —digo—. Viene a visitarme. No a mendigar.

—¿Tu cachorra? —Scarlet hace aletear sus agallas. Sé lo que está pensando. Si tengo una cachorra, ¿por qué estoy mendigando?

Scarlet llegó a los campos de mendicantes cuando los ladrones descubrieron una veta de un elemento infrecuente debajo de su hogar familiar y expulsaron a su cardumen de sus tierras. Su cachorra decidió cruzar el Gran Mar del norte para buscar un nuevo hogar.

—Me rogó que fuera con ella —me había dicho Scarlet—. Pero me negué. No quería ser una carga.

Los ladrones se adueñan de nuestras tierras. A cambio, nos dan cosas nuevas. Antes de los ladrones, ninguna madre habría sido una carga para su cachorra. La cachorra de Scarlet nunca le ha enviado el arancel de manutención que le corresponde. Por eso, Scarlet supone que vive en la pobreza.

Hay otras dos posibilidades: que su cachorra haya muerto en la peligrosa travesía o que haya olvidado a su madre. Scarlet nunca menciona esas posibilidades y yo tampoco. Aunque, sin duda, Scarlet las canta en lo profundo de su mente, en el oscuro espacio donde las tres mentes se unen en el tallo.

—Debes estar muy feliz por la visita de tu cachorra —dice Scarlet.

No me agrada que mi cachorra venga aquí. No le gusta verme mendigar.

—Sí, estoy feliz —le digo a Scarlet.

Es más sencillo decir eso.

Podría decirle a Scarlet que mi cachorra siempre me envía el arancel, aunque no lo necesito. Podría decirle a Scarlet que los ladrones me permitieron conservar mi granja ancestral. Podría decirle que mis estanques de sal ascienden a miles y que, aunque me han drenado muchos, estoy explotando cien campos activos. En mi casa, hay un mosaico de luces plateadas sobre las salinas y la Estrella condensa la salmuera hasta su esencia. En mi casa, veo el color enceguecedor de las arqueobacterias en flor, la miríada de grandes hilos de hierbasal entretejidos que forman cordeles de un estanque al otro.

Podría decirle a Scarlet que no mendigo por necesidad, sino por elección. Pero no le digo nada. Conocerá mi historia cuando esté lista para escucharla. Todas somos mendigas, pero las mareas que nos trajeron aquí son tan diversas como el océano.

Observo a mi cachorra bajar por el acantilado. Creo que Scarlet percibe mi ansiedad porque está atípicamente callada.

Cuando mi cachorra se aproxima, los ladrones salen del Templo de Sal. En verdad, es un día de coincidencias y paralelismos.

—El templo es muy hermoso —dice la hija—. Las tallas son extraordinarias.

—Sí. Es muy bonito.

La hija tiene razón. El Templo de Sal es muy hermoso. Lo recuerdo. A lo largo de un milenio de estaciones, nuestras artesanas tallaron nuestras historias en la sal. El Templo de Sal cuenta el principio del mundo y su final. No hay tallas sobre los ladrones. Y por eso decidí creer que ellos no son el final.

Poco a poco, Scarlet se acerca más a mí. Aunque soy la única mendiga de medio tiempo, aquí soy la mayor. Mendigo desde hace muchas estaciones y tengo cosas para enseñar, aunque mi cachorra no lo cree así.

—Puedes elegir uno —dice el padre.

La hija corre hacia delante y hacia atrás.

—¿Pero van a cantar, padre?

—Toma —dice él, sosteniendo un disco de sal—. Cantarán cuando les des esto.

Mi cachorra se aproxima a los ladrones.

—Señor —dice. Lleva puesto un pico artificial que amplifica su voz—. Soy Serrin. —Usa su nombre de ladrona—. Tengo el privilegio de pertenecer a su servicio doméstico.

—Al final, sí pueden hablar —dice la hija, aplaudiendo con sus tentáculos divididos.

—Te lo dije —responde el padre—. Logramos algunos progresos en la tarea de civilizar a esta especie. Los más ancianos no pudieron adaptarse, pero escogimos a los mejores y más brillantes y los criamos a nuestro modo. —El padre gira la cabeza para hablarle a mi cachorra—. ¿Serrin, eh? Te seleccionaron para visitar el mundo natal, ¿verdad?

—Es un gran honor para mí —dice mi cachorra.

El padre asiente.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo mismo que usted, señor. Vine a ver a los mendigos.

—Muy bien. Mi hija está escogiendo uno.

La hija brinca a lo largo de la hilera de mendigos y se detiene frente a mí.

—¡Este! —grita.

—Muy bien —dice el padre. Se inclina para observarme—. Has elegido muy bien. Creo que es Brazos Brillantes.

No me llamo Brazos Brillantes.

—Brazos Brillantes es famoso —dice el padre—. El mejor de los mendigos cantores. No había notado que mendigaba en este campo.

Siento una punzada cuando mi hija no da señales de conocerme. Desaprueba que sea mendiga, aunque ya es totalmente adulta y en algunas estaciones no planteó la discusión. Por el ligero aleteo de sus agallas, advierto que está abochornada. Conozco sus argumentos. Nuestra relación está marcada por los recuerdos de esos argumentos.

Ella decía:

—Mendigar es indigno.

Yo respondía:

—Es una manera de lograr que escuchen nuestra canción.

Ella decía:

—Mendigar te disminuye. No necesitas hacerlo.

Yo respondía:

—Es la única forma de hacerme oír.

Ella decía:

—Cuando sea adulta, encontraré otra manera de recuperar nuestros derechos.

Y por eso mi cachorra había decidido formar parte del servicio doméstico del ladrón. La crié en mi boca durante muchas estaciones y aún no la entiendo. Aunque, en mi tallo oscuro, tengo miedo de lo que quiere hacer. Quiere conflicto. No entiendo a los ladrones ni entiendo a mi cachorra.

Pero sí entiendo la Canción de la Sal.

Las otras mendigas se paralizan mientras yo extiendo mis tentáculos, tensando las membranas. Con un rápido movimiento, invierto los tentáculos y los bajo al suelo para que las membranas formen un manto alrededor de la parte inferior de mi cuerpo, dejando expuestas las espinas carnosas de mi membrana interior y mi boca al descubierto.

Ya elegí la canción. Está nadando en mis tres mentes.

Me concentro hasta que mi sangre se eleva, llevando los elementos poco comunes a las espinas de mi boca. Al exponerse a la atmósfera, los

elementos poco comunes se cristalizan y se endurecen, hasta que mi boca queda bordeada de gemas duras y brillantes. Canto, empujando el aire con mis válvulas bucales y haciendo que los cristales resuenen para entonar una compleja Canción de la Sal. Es una canción antigua. Habla de nadar en la Matriz de Sal, cuando la sal fluía como el océano.

Canto, canto por la sal, canto por lo que es mío y que ahora me dan como limosna. Ruego por mis derechos de nacimiento.

Canto en memoria de las que ya se fueron, las que están perdidas para los ladrones. Canto en memoria de tres de mis cachorras.

Canto la Canción de la Sal con la esperanza de que la hija del ladrón y mi cachorra la comprendan. Canto hasta que la canción muere.

—Fue asombroso —dice la hija. A través del pico artificial, veo sus lágrimas de sal.

Vuelvo a poner mis tentáculos hacia arriba. Estoy contenta. Soy asombrosa, no solo primitiva. Soy asombrosa. Y si ella crece y se vuelve importante en su conflictivo entorno, quizás me recuerde.

Observamos a los ladrones regresar a su giratorio.

Mi cachorra me mira.

—Lamento que hayas tenido que enterarte de esta manera que viajaré a otro mundo —dice—. Era lo que venia a decirte hoy.

Miro el disco de sal. Es bello, pesado y complejo. Resisto la tentación de frotarlo contra mi piel. Me las arreglaré con el insípido cloruro de sodio. Devolveré al Templo mi parte de la limosna.

—¿Oíste la canción? —le pregunto a mi cachorra.

—Sí —responde—. Era hermosa, aunque no era mía. Pero la oí, igual que la hija del ladrón.

Con eso debe ser suficiente. Mi cachorra, que pronto cruzará el mar del espacio, se marcha. Nosotras, las mendigas, esperamos hasta que el giratorio de los ladrones se aleja y luego reanudamos nuestras Canciones de la Sal.

Título original: *Pure and withour savour* © Deborah Walker

Traducción: Claudia De Bella, © 2017

Deborah Walker creció en la ciudad más inglesa de su país, Ripley, pero pronto se mudó a Londres, donde ahora vive con su pareja, Chris, y sus dos

pequeños hijos. Pueden encontrar a Deborah en el Museo Británico deambulando entre el pasado para conseguir inspiración futura o en su blog, http://deborahwalkersbibliography.blogspot.com. Sus relatos han aparecido en Nature's Futures, Cosmos, Daily of Science Fiction y en Year Best SF 18.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: «SIBYL», «VÁLIDA PARA ALGO», «LA TÍA MERKEL», «OVOIDES»

Ellas eran

Ricardo Cabezas

 **COLOMBIA**

Cerraron la puerta. Cerraron mis ojos. Sentí que me ahogaba, que en cualquier momento perdería la consciencia. Me agitaba violentamente sobre una mesa de operaciones.

Quería decirlo y gritar.

Pero las palabras no emitían ningún sonido.

Todo estaba congelado.

Solo se movían ellas, angelicales y sensibles. Las podía sentir, observando las diminutas imperfecciones de mi cuerpo, las arrugas y cicatrices, o la saliva que se deslizaba por mis labios y caía sobre mi cuello.

Eran una maraña distorsionada. Hormigueaban expectantes, sobre cada nervio. Penetraban la carne, incrustándose en las células.

Observando y juzgando. Observando y sonriendo. Sin ningún tipo de moralidad, ni humanidad.

Hay cosas peores que Dios. Ahora lo sé.

Ellas lo eran. Ellas (¿O ellos?), sabían aferrarse a cada hendidura de la mente, y raspar dentro, como si se tratara de una fresa dental extirpando una caries. RTTTT RTTTT RTTTT. Extirpaban, cortaban, modificaban. Eran niños jugando con un mecano.

No tenían ninguna moral.

No ofrecían ninguna excusa, ninguna comprensión.

Tampoco entendí muy bien al principio, sus intenciones. ¿Qué buscaban? ¿Y por qué a mí?

Cállate, humano. Decían. Su Voz. Sus voces; como una anémona con cuerdas vocales.

Millones de seudópodos rosados caminaban sobre mis extremidades. Medían las corrientes eléctricas, el flujo de la sangre. Eran los policías del miedo.

Igualmente transmitían información. Insertaban imágenes en la corteza visual. Ecosistemas borrosos, con extraños edificios. Quizás fragmentos de su civilización. O quizás escenas de alguna transmisión satelital. ¿Importaba?

Imágenes, multitud de imágenes. Crecían en mí. Yo era como un hámster en una ruedita.



Ilustración: Romina Avanzini

La ruedita giraba. Giraba.

Ves el océano en la noche. Es agradable y oscuro. Al mismo tiempo sientes temor por la inmensidad. Una selva. Huyendo entre árboles de enorme grosor, perseguido por cazadores furtivos. Luego, perseguido por un enorme tigre de Bengala. Ahora un ejército invasor. Una bala atraviesa tu cuerpo y te desplomas sobre el fango.

Me desangro.

Lentamente todo se va.

Esto es aburrido. Podemos modificarlo. Luego sonríen en su lenguaje.

Una ciudad. Sentado a la orilla de un largo río. Hay una luz que remueve los árboles, los ruidos animales, los rostros de personas que se han acumulado en la memoria. Es el amanecer en un campo de maíz. Aletean pájaros bajo el sol desnudo. Una mujer canta.

El cuerpo resucita.

Sonríes. Hay paz.

Otra voz -una voz ampulosa y ridícula- surgía en mi interior. No quiero nada, quiero permanecer tal como soy: inmaculado, con mis vicios.

Irrelevante, decían ellas.

Sentí vergüenza de mi cuerpo rígido y de mi inútil esqueleto. Recordé humillaciones y falsos amores. Volvieron a mí las historias reprimidas de la infancia; niños que reían en el colegió, pantalones húmedos. El rostro crispado de Jorge antes de lanzar su golpe contra mi vientre.

Innecesario. Repetían ellas.

Cientos de complejos, dudas y temores, apilados en una historia de invencible mediocridad. Un simio sin pelo, condenado a la nostalgia, obnubilado por el ego, y aterrorizado por el pasado y la muerte.

Ellas seguían buscando, escarbando en mi cuerpo.

Escuchaba sus cuchicheos, o algo que hacía pensar en un ronroneo felino, en una serie de ronroneos que se animaban y se contradecían.

Entonces, de repente, parecieron ponerse de acuerdo.

Terminar simulación.

Abrieron la puerta. Mis ojos se abrieron nuevamente, si bien las imágenes eran completamente borrosas al principio. Lentamente desengancharon los seudópodos y pude mirar los contornos de la nave.

Un icosaedro de superficies reflejantes, y luego un cubo, que comenzaba a redondearse y alagarse. Vi como mi cuerpo caía por un embudo largo y verdoso. Estaba en su mundo.

Un planeta rojizo, de vastos océanos, girando junto a una solitaria estrella al borde de la galaxia. La vida surgía en el océano y se convertía en inteligencia. Ellas nacían y se transformaban en formas sinuosas que reptaban con cierta dificultad por la tierra. Los milenios se sucedieron unos a otros con estremecedora rapidez. Aparecieron ciudades. Aparecieron maquinas móviles, con circuitos infinitesimales que se cernían hacia los cuatro puntos cardinales. Algunas se elevaban hacia el espacio y capturaban la energía de una estrella. En el cielo flotaban naves de extraña geometría, que subían y descendían de la atmósfera y luego se perdían entre la luz de dos soles. Una Nova explotaba, borrando los circuitos de las ciudades. Aparecían luego diagramas estelares que definían el curso de expediciones de exploración. Naves que iban y venían, buscando con curiosidad -y luego con desesperación-, algo importante. Visitaron numerosos mundos, uno tras otro, pero el universo era estéril y la vida no era inteligente. A veces encontraban planetas en ruinas, o tristes ecosistemas desolados. Solo bacterias, o insectos hostigantes que rumiaban en la melancolía de una nada oscura y sin salida. Mundos que habían apostado por la aniquilación. Entonces encontraron la tierra…

Me incorporé sobre la mesa de operaciones. Mis labios resecos se demoraron en encontrar las palabras.

—¿Cuál es el paso siguiente?

Nunca hubo respuesta.



Ilustración: Romina Avanzini

Pude ver como su nave se alejaba velozmente hacia las estrellas. Ellas simplemente me dejaron allí, desnudo en la noche. Hicieron mi voluntad. Tuve miedo y me negué a servirles. Lloré. Cuando recuperé la conciencia me encontraba tirado sobre mi cama, con varias botellas vacías. Los psiquiatras diagnosticaron esquizofrenia. Es de familia después de todo, dijeron. Mi abuela hablaba con duendes.

Han pasado muchos meses desde entonces. En la playa, los niños hacen castillitos de arena. Juegan con sus mecanos, construyen el futuro. Sus caritas iluminadas de felicidad no conocen lo que les depara ese futuro.

En las tardes camino pateando esos castillos y aplastando los mecanos.

El futuro es la muerte.

El futuro es la libertad.

Pero no importa.

Me hundo entre la arena por completo. Mis células hormiguean en lentos reflujos. El sol se precipita sobre las olas y yo con él. Allí duermo. Flagelos gelatinosos absorben los minerales que requiere mi organismo y de vez en cuando capturan un pez. Duermo en el mar, bajo toneladas de agua salada, entre los arrecifes, flotando a la deriva como un bote abandonado. Sueño con icosaedros y cubos resplandecientes, rodeado por medusas y plancton. Aprendo sobre la historia de mil mundos que son ahora uno solo. Cada noche soy más sabio. Ellas son libres en mí y pronto llenaremos el océano.

Hay cosas peores que Dios.

Como yo.

Como nosotras.

Ricardo Cabezas nació en 1981 en Bogotá, Colombia. Es biólogo y estudia un doctorado en Ciencias Biológicas en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Desde muy temprana edad le interesaron la ciencia ficción y la fantasía. Ha publicado cuentos en las revistas “De Segunda Mano” y en la

publicación electrónica de ciencia Ficción Cosmocápsula ([1] y [2]). Asimismo ha publicado artículos científicos en las revista Acta Biológica Colombiana, Cell Biology International y Neuroscience Research. En el año 2011 participó en el taller literario Renata de Ibagué.

Fulgor

Ezequiel Bottaro

ARGENTINA

Quisiera bajar a la placita de la esquina y jugar con las otras nenas. Al menos, abrir las ventanas para espiar las terrazas. Pero mamá no quiere. Todo es no, no, no, que la seguridad, que si me ven. Ni siquiera me deja asomarme al pasillo.



Ilustración: Marina Arien

Me gustaría llamarla ahora y decirle: Hola, ¿má? ¿Sabés algo? Quedarme encerrada en este departamento está malisímo. Ya cumplí once años, estoy grande, soy capaz de controlarme para que no me descubran los zapallos. Encima el matecocido tiene yerba flotando adentro otra vez. Ni hablar de dejarme unas galletitas, obvio. Me hace acordar a esa prima que me cuidaba antes, no quería jugar conmigo y se la pasaba chateando con el celular.

En la otra punta de la mesa está la azucarera. Al lado, la cucharita que dice Acero inoxidable en el mango. Me concentro en los puntitos de colores, esos que andan en el aire, los que nadie ve, y armo una cinta.

Enredo la cinta a la cucharita, la levanto, la lleno de azúcar, la muevo hasta la taza, vuelco y revuelvo. Mamá dice que hago flotar las cosas, para mí es igual a agarrarla con la mano, no tiene nada de extraordinario, como este matecocido. Lástima que no pueda tomarlo de cabeza; la tele la veo así, patas para arriba, envuelta en cintas que me sostienen.

El sábado me animé y le dije, má, las plantas de la ventana toman más sol que yo. Me acuerdo bien, estábamos acá, en la cocina. Ella estaba parada del otro lado de la mesa. Fumaba uno de sus cigarrillos finitos. El humo se mezclaba con la luz que dejaba pasar la persiana. No dijo nada. Los puntitos a su alrededor se habían puesto oscursos, una mala señal. Al ratito, me dijo que igual no podía salir. Sos mala, te pareces a los zapallos, le dije mirándola fijo a los ojos y a ella se le cayó el cigarillo. Hija, lo levantó con manos temblorosas, por favor entendelo: la gente maltrata a los raros. Aplastó el cigarrillo en la pila de platos sucios y salió de la cocina. ¡Quiero pasear como los demás! le grité, pero se metió en el cuarto y a mí se me retorció la panza.

Ella no era así, casi siempre la rodeaban puntitos multicolores. No me hacía el desayuno de compromiso. Juntas la pasábamos súper. Me llevaba a la placita, al mercado o nos tomábamos el Subte para ir al centro, a comprar ropa o a comer en el Palacio de la Papa Frita. Guardate los trucos para casa, Pilu, me decía. Yo me cuidaba de no jugar con los puntitos y teníamos una tarde re linda. A la noche charlábamos en la cama sobre el paseo. Hasta me dejaba ir al colegio. Cambió cuando empecé a iluminarme.

Fue hace unos meses. Cenábamos. Mamá había preparado jugo de naranja y, mientras servía los vasos, dijo que no le gustaba el vecino de abajo. Es un chismoso con cara de huevo, dijo. Yo me lo imaginé con un pollito saliéndole por la oreja y casi me ahogo de la risa, tuve que taparme la boca para no escupir los fideos. Comenzó a cosquillearme la piel y, después, brillé, era un celular encendido en la oscuridad. Me di cuenta de que mamá me miraba con los ojos grandotes y la boca abierta, igual que la primera vez que levanté el televisor con una cinta. Me asusté y la luz se desvaneció. Esto es demasiado, dijo mamá, y se fue al cuarto.

Me quedé sentada en esta misma silla, mirándome los brazos, las piernas. Mi piel había cambiado de color, como si la hubieran pincelado con esa purpurina plateada que usaba en las clases de arte. Todavía podía sentir el calorcito.

A la hora de la merienda fui a buscar a mamá. Estaba tirada en la cama, tenía los ojos hinchados. Dijo que yo no podía ir más al colegio, que tenía prohibido salir el departamento hasta que aprendiera a controlar el resplandor. Le expliqué que el brillo no era malo, que me gustaba porque era cálido, pero no me escuchó. El problema no sos vos, Pilu, dijo, son los demás. Fue la vez que más me habló de los zapallos, que los vecinos, bla, los periodistas, bla, y los científicos, bla bla.

Esa noche también prometió ahorrar para mudarnos a un lugar donde yo

pudiera ser libre. Al día siguiente, pidió hacer doble turno en el trabajo y ya no salimos más. El martes pasado tuvo franco y otra vez se quedó en la cama. Yo me entretuve acá, en la cocina, con los cerámicos ocres. Jugaba a pasear con el dedo por las juntas como si fueran calles. Cuando empecé a impulsarme con las cintas para llegar hasta los que estaban cerca del techo escuché la voz de mamá. Sos una maravilla, Pilu, murmuró. Al darme vuelta casi me golpeo la cabeza con el portalámparas que parece un sombrero chino. Le saqué la lengua para que no se enojara. Ella sonrió y yo medio que me emocioné al verla contenta. Sentí el calorcito, unas cosquillas y quedé en el aire brillando, pero ella bajo la mirada y se fue.

Ya no es la misma. Cada vez llega más tarde, entra en el cuarto sin hacer ruido ni encender el velador. A veces quisiera hablarle, pero prefiero no molestarla. A la mañana se despierta temprano, me deja este matecocido horripilante y se va sin saludar con la excusa de que pierde el colectivo. Eso sí, hoy tuvo tiempo para dejarme una nota sobre la mesa. Por favor controlate, escribió. Seguro sigue enojada por lo de las canillas del baño.

Ayer quería abrirlas sin moverme de la cocina, pero me pasé de energía al mover las cintas y no pude volver a cerrarlas. El lavamanos empezó a rebalsar. Tuve que llamarla al trabajo y volvió a casa para arrreglar el lío. El problema fue que el portero tocó el timbre avisando que al cara de huevo le goteaba el techo. Mamá me ordenó que me escondiera en el cuarto y cuando el zapallo se fue me retó mal.



Ilustración: Marina Arien

Todo bien, pero yo tengo que comer. No le costaba nada dejarme algo que le ponga onda al matecodido. Miro la puertita de la alacena. Armo una cinta, enlazo la perilla de plástico y abro, ¡flautitas! ¡Buenísimo! Brillo.

Total, estoy sola. Si alguien me viera ahora se quedaría tipo zapallo, preguntándose por qué la nena resplandece como una verdura radioactiva.

Esta nena es un fenómeno, zapallo, miráme desatando la bolsa y haciendo flotar la flautita hasta mi boca. Le doy un mordisco, es una piedra, se me ocurre una idea: la agarro con la mano, la meto en el matecocido y vuelvo a morderla.

¡Dddd! ¡Está frío! ¡Ahh! Grito, me da lo mismo si me escuchan el cara de huevo o el portero en planta baja. ¡Quiero desayunar rico! ¿Es mucho pedir? El calor crece, pica, empiezo a reírme. Tiro el pan sobre la mesa. Mamá me diría lo único que sabe decir: controlate, Pilu. ¡No me controlo nada! ¡Sí, zapallos, soy una banana flúo!

La purpurina tapa las pecas de mis brazos, se mezcla con los puntitos de colores, se forman cintas a mi alrededor, siento que ocupo más lugar y no puedo dejar de reírme. Quiero parar la picazón, me sacudo y al moverme la mesa vuela contra la pared. La taza se hace pelota contra el suelo; la flautita y la cucharita se estampan contra la heladera.

La cocina está hecha un desastre, mamá se va enojar mucho y no es justo. ¿Por qué los demás pueden estar afuera y yo no? Miro la persiana, la enrrollo con unas cintas. El brillo del sol me lastima los ojos, me los refriego hasta que se acostumbran. ¡Qué azul está el cielo! Abro el vidrio de la ventana y salgo. ¡Que revienten los zapallos!

Ezequiel Bottaro es argentino. Participa regularmente a un taller dictado por Maumy González (http://www.aquateca.com.ar/). Publicó dos libros de forma indenpendiente, uno de microficciones titulado *La imaginación impaciente* en el año 2007 y, en 2015, una nouvelle, *Bancala, un viaje con el Ami*.

Cuatro perversiones de cuentos infantiles

Ariel S. Tenorio

 **ARGENTINA**

1. Caperucita y el Necrolobo de tres cabezas

El bosque era sombrío, más sombrío de lo que Caperucita podía recordar. Era como si esos árboles y esas plantas trepadoras y esas matas de arbustos espinosos y esas hileras de totoras silvestres hubieran estado sumergidos bajo el agua durante un largo tiempo y que luego, al descender la marea, el sol no hubiera sido capaz de revivir el follaje, dejándolo abandonado y enfermo hasta que se muriera.

Cuando Caperucita llegó a la casa de su abuela, un poco estremecida pero también aliviada, el Necrolobo de tres cabezas ya estaba allí. La ropa humana apenas disimulaba la forma grotesca que se ocultaba debajo. Caperucita dejó su canasta en el suelo y corrió a abrazar a la anciana. Pero enseguida notó que algo no iba bien.



Ilustración: Saurio

Aún sin desprenderse del abrazo, dijo:

–Abuelita, que olor tan horrible tienes.

El Necrolobo de tres cabezas ensanchó su sonrisa y dijo:

–Oh. No te preocupes por el olor, querida. Eso es porque soy un depredador en tres dimensiones diferentes y en dos de ellas me alimento exclusivamente de carne en descomposición.

Con un horrible sonido de vértebras, el cuello del Necrolobo giró como si fuese a partirse en dos y entonces la segunda cabeza asomó y dijo:

–Y este hocico es para olfatear a las hembras en los campos negros del cortejo, allá donde las niñas como tu jamás podrían refugiarse.

Casi sin aliento, Caperucita intentó librarse del abrazo que la oprimía, pero sus esfuerzos fueron en vano.

Justo frente a su cara, la tercera cabeza emergió como lo haría una pesadilla. El pelaje era negro y lustroso y estaba apelmazado contra el cráneo. Los ojos eran amarillos y los dientes muy largos.

–Y bien querida, ¿No vas a preguntar para que sirven estos labios?

2. Hansel y Gretel y la Mantícora moribunda

Las cosas no eran amables en ese costado del mundo. Para los supersticiosos, eran épocas de brujerías y herejes. Para los desheredados, era una época en que un saco de arroz costaba lo mismo que la vida de un niño, o dos. Cuando la pareja de granjeros cerró las ventanas, la mujer lloró, pero el hombre frunció el ceño y acarició su crucifijo.

–No desperdicies tus lágrimas, mujer. Aún nos quedan tres hijos que alimentar.

A muchas leguas de allí, en esa misma luz mortecina, Hansel y Gretel descubrieron el sendero que conducía al claro y la casita de chocolate que se erigía en él. Los dos estaban famélicos, con los ojos saltones y sucios como engendros. Habían vagado por el bosque durante cuatro días, sobreviviendo a base de raíces, bayas silvestres y unos insectos rastreros cuyo sabor no era mucho mejor que su aspecto. Por eso, les hubiera dado lo mismo que la casita estuviera hecha de chocolate, mazapán, o carne podrida. Se abalanzaron sobre la construcción gritando y gruñendo y comenzaron a arrancarle pedazos y a engullirlos casi sin pensar.

Fue entonces cuando les pasó algo curioso; a medida que comían, en vez de sentirse satisfechos, comenzaron a sentirse más y más hambrientos.

Sin dejar de masticar, se miraron consternados.

–Hansel –dijo Gretel con la boca llena de bizcochuelo –, tal vez deberíamos irnos.

–¿Irnos? –preguntó Hansel enojado –¿Irnos adonde? ¿Volver al pueblo?

–No…claro que no, no hablo de regresar al pueblo pero…parece que esta comida no está hecha para nosotros.

Hansel enarcó una ceja, pensativo.

–¿Y qué comida lo está?

–¿Quien anda ahí? –preguntó una voz desde el interior de la casa.

Los niños sintieron una punzada de miedo, pero también curiosidad. Hansel, que era el más valiente, rodeó la casita hasta encontrar la puerta, y Gretel se mantuvo pegada a él sin decir una palabra. Hansel giró el picaporte y comprobó que la puerta estaba sin llave.

–Tal vez…

–Sí. Es probable…

Entraron juntos.

En el interior, la casa no era más que una guarida pestilente. La Mantícora yacía sobre un colchón de plumas con el rostro pálido y los brazos extendidos al costado del cuerpo. Era una bestia enorme, pero su luz

parecía a punto de extinguirse. Cuando los niños se acercaron giró la cabeza y los miró con expresión borrosa.

–¿Quiénes son ustedes? ¿Cómo encontraron mi nido? –preguntó, las notas de su voz eran altas y denotaban un temor jugoso y refrescante.

–Solo la encontramos –dijo Hansel y con un chasquido dejó ver un par de colmillos puntiagudos.

–No es justo… –alcanzó a decir la Mantícora y agitó su aguijón para defenderse pero ya Gretel había volado hacia él, y clavó sus garras en la blanda carne de la garganta, desgarrándola como si fuera de papel.

3. El flautista de Hamelín en los márgenes del Aqueronte

Algo parecido al sol cayó sobre el páramo como un cordero degollado. Hacia el este, sobre las negras edificaciones de piedra, pequeñas salpicaduras de cobre destellaron y se apagaron hasta desaparecer.

El hombre de la capa raída atisbó el horizonte y escupió una flema sanguinolenta. Pronto se empezarían a oír los aullidos de las bestias y habría que encender antorchas y buscar cobijo, pero por ahora tenía tiempo. Caminó junto a las pestilentes aguas y pateó algunos cráneos renegridos como si fueran piedras.



Ilustración: Saurio

Llevaba prisa, pero se detuvo en un recodo del río y observó un burbujeo a unos metros de la orilla. Sabía lo que era. No tardó en ver emerger una silueta que se debatió y chapoteó para mantenerse a flote. La figura estaba cubierta de brea y sus rasgos eran ilegibles, y aun así, por unos breves segundos, las dos miradas conectaron. Había en aquel desgraciado un horror insondable y antiguo. Lo había visto un millón de veces. Más por piedad que por regocijo, extrajo una vara de sus ropas y silbó tres notas, como un trino, que rebotaron sobre el agua y sobre las piedras y surtieron el efecto deseado. El niño cerró los ojos y dejó de luchar. Las aguas oscuras lo engulleron y la superficie volvió a nivelarse con una cualidad viscosa.

El hombre continuó su marcha. Se sentía triste y cansado como si pudiera dormir por una eternidad. El sendero se separó del río y se adentró en un terreno pedregoso. Más adelante, una arcada rústica señalaba el camino hacia el templo. Ahora la oscuridad era total, pero ya no temía a las bestias. Estaba en territorio consagrado y no se atreverían a atacarlo. Trepó por unas grandes escalinatas de piedra hasta que llegó a un peñasco cubierto de líquenes. En la cima del peñasco, se encontraba el templo, y dentro del templo, el ídolo de piedra.

Llegó a él y contempló su fiereza, la corona de hueso sobre su cabeza y las ofrendas de carne a sus pies.

–Salve, Muriel. Aquí estoy –dijo el hombre.

El ídolo posó sus ocho ojos sobre él. Cuando habló su voz fue a la vez un zumbido y un trueno.

–Se aproxima una guerra sobre la faz de la tierra. La madre sombra de la que hablaban las escrituras.

El hombre asintió y tragó saliva.

–¿Cuántos pequeños serán esta vez?

La respuesta tardó en llegar. Pero cuando lo hizo, notó que había regocijo en ella.

–Todos ellos.

4. La Bella Durmiente conoce a Freddy Krueger

Habían pasado una espléndida tarde de sol correteando por los jardines del

castillo pero ahora estaba cansada. Se sentó en el banco de piedra bajo una glorieta florecida y procuró recuperar el aliento antes de que el príncipe la alcanzara. Seguramente tendría las mejillas arrebatadas y no quería causarle una impresión errónea. La duquesa le había explicado lo importante que era resguardar ciertos aspectos de su virtud.

Pero el príncipe no llegó.

En cambio, un viento helado le alborotó el pelo y unas nubes grises ocultaron la luz del sol, oscureciendo súbitamente la tarde. En un abrir y cerrar de ojos, el jardín perdió todo su color y se volvió mustio bajo la extensión de la sombra. Sobre su cabeza, los rododendros y las glicinas se marchitaron y murieron, dejando caer sus pétalos, exponiendo unas ramas retorcidas y nudosas.

Aguijoneada por el miedo, se levantó del banco y miró a su alrededor. No era una tormenta. Fuera lo que fuera, era muy extraño. A través del fino vestido de seda sintió que se le ponía la piel de gallina y se abrazó para darse calor ¿Dónde se había metido el estúpido príncipe?

En los contornos difusos de su visión, sobre una hilera de sauces lejanos, unos cuervos grajearon y chillaron como horribles monstruos.

Decidió que ya era suficiente. Regresaría a los iluminados salones del castillo y se olvidaría de todo. Con paso decidido avanzó por el sendero central del jardín, pero enseguida notó que el lugar había cambiado. Los prolijos setos y arbustos recortados parecían ahora ensortijadas matas de espinillos, las inmaculadas estatuas de ángeles y querubines estaban ahora sucias, llenas de verdín, con expresiones hoscas y burlonas. Vio que uno de los ángeles sostenía un extraño artefacto entre sus manos, lo que en un primer vistazo le pareció un instrumento de viento, se le rebeló como una burda imitación de un miembro masculino.

−Uno, dos –canturreó la estatua y exhibió una sonrisa lasciva −Ya viene por ti…

Con un nudo en el estómago se obligó a ponerse en movimiento. El pánico era un combustible espeso pero efectivo. Corrió a toda velocidad por el sendero y todo a su alrededor cobró una nueva dimensión de formas y texturas. Lo que antes era un sendero recto, con rotondas centrales coronadas con fuentes de piedra y salidas diagonales perfectamente delineadas, se había convertido en un laberinto de zarzas y enredaderas llenas de espinas. El laberinto se replegó sobre sí mismo y desembocó en un sector oscuro donde unos grandes tanques metálicos estaban emplazados sobre una red de tuberías que bufaban y exudaban nubes de vapor.

A sus espaldas escuchó un chirriar de metal contra metal.

Entonces giró sobre sus talones y lo vio.

Un hombre con la cara quemada le sonrió y practicó una reverencia a modo de saludo.

En un país muy lejano, el príncipe abrió la puerta y entró en la habitación en penumbras. Con el corazón precipitado, se inclinó sobre la cama para besar a la doncella. Primero escuchó el zumbido de las moscas, luego percibió la fetidez, pero solo cuando acercó el candelabro…

Bueno, los cuentos de hadas te contarán otra historia.

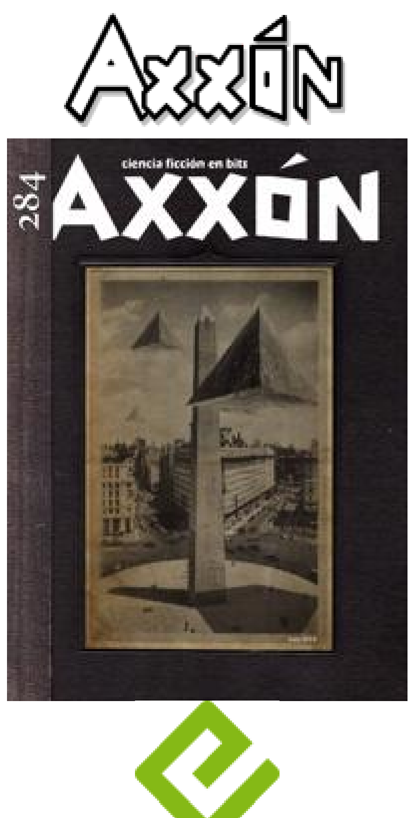
Ariel S. Tenorio es argentino y vive en Garín, provincia de Buenos Aires. Se ha dedicado a la creación de relatos de terror y ciencia ficción desde su adolescencia. Muchos de sus relatos han sido publicados en revistas especializadas, antologías y fanzines. Su relato "Plasmatrón" fue traducido al francés para la antología de Ciencia Ficción "Hola Babel" dedicada exclusivamente a autores noveles latinoamericanos. También es miembro fundador del grupo de horror experimental "The Wax".

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: «SUNNY ROSE Y EL VENDEDOR DE ESPEJOS», «LA JUNGLA MÁS ALLÁ DE LAS ESTRELLAS», «¡ZOMBIE, RESPONDE!, ORDENÓ EL PLASMATRÓN», «EL NANABOUSH», «LA RAZÓN DE LAS ESTATUAS», «EL RECIPIENTE», «LOS JUGUETES DE GAUMONT», «MAJESTUOSO DIOS PÚRPURA», «PASTORES DEL CREPÚSCULO»

Equipo

Axxón

Equipo de redacción: Chinchiya Arrakena, Alejandro Baravalle, Francesc Barrio, Carlos Eugenio Belisle, Pablo Contursi, Gustavo Courault, Claudia De Bella, Marcelo De Lisio, Marcelo Huerta San Martín, Andrés Nieto Bugallo, Pablo Vigliano





Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**